

Texto e imágenes de la Revista Iberoamericana Mediodía (1 septiembre 2012)

Así describía la "mina" un corresponsal de la revista El Folletín que realizó una visita a Ronda en 1876 (número 41, 22 de octubre de 1876):



La antigua casa del *Rey Moro* no tiene hoy el aspecto mas que de una casa como la de otro mortal cualquiera; pero encierra todavia la célebre mina que comunica con el lecho del Tajo.

No entraremos en repetir lo que dice la historia sobre esta casa, pero sí, con el permiso de sus dueños, que son en extremo complacientes, entraremos en la mencionada mina.

En esta subterránea expedición, nos acompañaba un excelente amigo, y un guía con la necesaria luz.

Un especie de escalera de caracol conduce

hasta abajo. Pero abierta en la piedra viva y en extremo maltratada por los siglos, no presenta las mayores comodidades al curioso visitador, lo que, salvo el natural cansancio que produce, dá lugar á emociones mas ó menos *rebaladizas* pero al fin emociones, que es lo que generalmente busca el viajero en esta clase de visitas subterráneas.

La mina tiene de trecho en trecho salones de bastante magnitud con troneras al Tajo, las cuales debieron servir de ataque y defensa en otros tiempos.

Déjase comprender el trabajo que costaria abrir en el seno de la montaña los salones aquellos, y no dudamos que á la imaginacion de un poeta se hubieran presentado escenas tan raras como verosímiles, de las cuales hubieran sido teatro aquellas desiertas cavidades.

Entonces, el guia quitó una enorme tranca, abrió una vieja pero robusta puerta, y nos encontramos en la falda del *Tajo*, ante el mas pintoresco y gracioso de los riachuelos, ante la mas escarpada y amenazadora roca.

Sobre el agua jugueteaban infinidad de insectos.

El guia nos dijo que se llamaban *zapateros*, á causa de su continuo bracear.

Pues bien, lectores; si la masa de piedra que teníamos delante hubiera dejado caer un pedacillo de su cuerpo, nosotros hubiéramos quedado

aplastados lo mismo que uno de aquellos infelices zapateros.

Pero ante la tranquilidad de aquel aura, ante la frescura de aquel sitio, ante el murmullo de aquel agua ¿quién piensa en la muerte?

Allí se celebran almuerzos, se pasan enteros días de campo, y no pocos escritores han sacado de aquella deliciosa soledad la inspiración que por lo general se pierde entre el murmullo de las grandes influencias sociales.

Inútil es decir que no podíamos quedarnos allí por agradable que nos fuese. Volvimos, pues, á entrar en la mina; cerróse la puerta, púsosele la tranca y la luz del farol volvió á reemplazar á la del día.

Media hora despues, contemplábamos aquel mismo sitio desde arriba y mediamos con la vista una distancia que jamás desearemos medir con el cuerpo.

